



Queridos hermanos,

En Schola Veritatis, tanto los laicos como los monjes, realizamos cada día una lectura orante de la Palabra de Dios que se llama Lectio divina. La confrontación permanente con la Revelación nos lleva, un día, a tomar una «opción fundamenta», que de alguna manera nos fija en nuestra orientación a la eternidad. Se trata de algo vital, tal vez lo más importante de nuestra vida. Esta decisión es la siguiente: si vamos a tomar en consideración los textos de la Sagrada Escritura y de la Sagrada Tradición *tal como son*, en lo que dicen, en su totalidad, con todas sus consecuencias para nuestra vida práctica; o bien vamos a encontrar la manera de interpretarlos de manera que no sean tan tremendos, de manera que no me obliguen a hacerme enemigos, de manera que no me ocurra lo que dice Jesús en el Evangelio de San Juan: «Si el mundo me odia, también os odiará a vosotros». Precisamente en el Evangelio de hoy Nuestro Señor dice que son bienaventurados *no* los que son amados por todos los hombres, sino aquellos que son perseguidos por causa de su Nombre. Existe aun una tercera posibilidad, claro está, mucho más superficial: se trata de hacer una especie de *bypass* cada vez que encuentro uno de esos textos, de manera tal que como no me diga nada, o no quiero que me diga algo, me lo salto, los evito. Frente a estas 3 alternativas se revela de alguna manera nuestra actitud frente a la verdad, frente a Dios, y se fija nuestra orientación eterna: o acepto la verdad tal cual es, o la rechazo, o bien huyo de ella por temor a lo que aceptarla significa. Digo esto porque al hablar del cielo, de la santidad y sobre todo de los santos, *cómo no decir algo también de la realidad más dura de la Revelación cual es la existencia del infierno y la posibilidad de condenación eterna*. Es cosa de mirar los Evangelios tal cual son, y lo que dicen; no hay por donde escapar. En la predicación de Nuestro Señor, se da de modo frecuente, estando clara la voluntad salvífica universal, una referencia a la posible salvación o condenación del hombre. En los 4 Evangelios hay 50 textos no paralelos donde explícitamente se habla de salvación o condenación, basta verlos. Es pues el amor a los hombres, y esto hay que entenderlo, lo que mueve al Corazón de Cristo a decirles que el pecado conduce a la perdición temporal y eterna. Un amor que falsea la verdad, no es verdadero amor. Por último, un Cristo de ojos azules con sonrisa meliflua, que asume como norma suprema no molestar ni herir a nadie, es decir, tener buen “rating”, no tiene nada que ver con el Cristo real. Con este Cristo jamás entenderemos porque en toda Iglesia, en este altar, en el pecho de los cristianos y de los prelados, en el comienzo y el fin de la Misa está la Cruz y no un Cristo resucitado, el Espíritu Santo o algún otro símbolo religioso.

Cuando una persona va a realizar una peregrinación, por ejemplo ir a Roma o a Tierra Santa, organiza todo su viaje hasta en los más mínimos detalles; pero, pregunto: ¿cómo es posible que tantos cristianos muestren tan poco interés por conocer lo que acontecerá con ellos después de la muerte? Por ejemplo, ¿cómo no pensar en la misteriosa realidad del purgatorio, estado por el que probablemente pasarán muchos, antes de gozar plenamente de Dios en el cielo?... Será que apenas creen en él; pues decir en tema tan grave «ya nos enteraremos cuando estemos en él» no pasa de ser una respuesta nada creíble o irracional. *¿Y qué sabemos del purgatorio?*... La Iglesia sabe algo, un poco, pero ese poco tiene *extraordinaria importancia*, y podemos conocerlo con *la certeza de la fe*, con la fe de la Iglesia católica. Tanto el tema del infierno, como el del purgatorio han de ser tratados con detención en otra oportunidad; pero ya Uds. pueden leer lo que sobre ellos nos enseña, acerca de estas verdades, el Catecismo de la Iglesia Católica.

Queridos Hermanos, frente a la realidad del infierno y del purgatorio aparece en toda su belleza, en todo su esplendor, la verdadera vocación a la cual Dios nos llama. El hombre tiene vocación de excelsitud. Dios nos crea para difundir su bondad, y la creatura no puede tener otro fin que Dios mismo. Todos los cristianos estamos llamados a la perfección evangélica, es decir, a la santidad, y todos estamos llamados a santificarnos por una conformidad *amorosa* con la voluntad de Dios, afirmada día a día mediante la fidelidad y el abandono. San Agustín dirá: “Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios (se entiende por participación). Y lo primero que hemos de considerar para hablar de la santidad adecuadamente es que se trata de un imperativo, una orden de Nuestro Señor: “Sed

perfectos...” (Mt 5, 48), que prolonga la norma antigua: “Sed santos para mí, porque yo, el Señor, soy santo” (Lev 20, 26). Al darnos esta orden, Dios no nos miente, porque Él no puede pecar, por eso hemos de creer que nos da los medios para realizarla. Es pues una verdad fundamental de nuestra fe la vocación universal a la santidad, un camino tan maravilloso, tan alto, tan resplandeciente, tan sublime, al punto que hemos de afirmar que la santidad es, pues, el fin único de la vida del cristiano, lo único necesario. Una de las mayores dificultades para asumir esta enseñanza tan sabida y repetida es esta: “mire padre, eso que Ud. dice, ya lo sabemos; en otra oportunidad lo escucharemos”. Es decir, no nos lo creemos. ¿Nosotros ser santos? ¿Santos como el P. Hurtado, como Teresa de los Andes, como Gianna Beretta, médica, muerta a comienzos de 1960 y canonizada por el Papa Juan Pablo II porque prefirió morir antes que abortar a su hijita que venía con muchos problemas, a pesar que le decían lo contrario?

*La santidad sólo acepta unirse al hombre que la toma como única esposa.* No acepta darse como una esposa segunda. El cristiano ha sido llamado en la Iglesia solamente a ser santo, y todo el resto —sabiduría o ignorancia, riqueza o pobreza, matrimonio o celibato, relaciones sociales o aislamiento, vivir aquí o allí, etc.— habrá de darse en él sea como *consecuencia* de la santidad o sea como *medio* mejor para tender hacia ella; es decir, según lo que Dios quiera. Todo lo que el cristiano encuentre en la tierra habrá de ser tomado o dejado *tanto en cuanto* le ayude o perjudique para su vocación única, que es glorificar a Dios y crecer en santidad. Por eso quien *quiere* vivir la vida cristiana, pero *no quiere* en realidad tender a la perfecta santidad, hace de su vida un tormento interminable, pues introduce en ella una contradicción gravísima e insuperable.

Queridos Hermanos, celebramos la Solemnidad de Todos los santos, es decir de aquellos que alcanzaron el fin, la vocación para la que fueron creados; la de aquellos que son puestos por la Iglesia como ejemplo para nosotros. En la primera lectura se nos describe esta inmensa multitud de fieles, de toda raza, lengua, pueblo y nación, que han sido marcados en la frente, con el sello de Dios, por oposición a la marca de la bestia en la frente y en la mano, es decir, en su forma de pensar y de actuar contrarias a Cristo. ¿Quiénes son estos santos?, pregunta San Juan, preguntamos nosotros también, y le responde el ángel: «Estos son los que han pasado por la gran persecución: han lavado y blanqueado sus túnicas con la sangre del Cordero». No temamos, pues, desposarnos con nuestra propia vocación, abandonándonos incondicionalmente a la acción de la gracia, porque para Dios todo es posible y sepamos desde ya que no hay santidad sin abrazarse con amor a la Cruz bendita.

Que María Santísima, Reina de todos los santos, que nos ha precedido en el camino hacia el Padre, nos acompañe como Madre y Medianera de todas las gracias, y nos alcance la gracia de la santidad canonizable. Amén.